bajo la capa una escala de cuerda á cuyo extremo habia unos ganchos de hierro, y con gran tino la arroja sobre el caballete de la tapia en el que quedan estos prendidos. Vuelve á mirar á todos lados y cuando se hubo persuadido que la calle estaba desierta, trepa por la escala con la ligereza de un gamo. Con presteza suma vuelve la escala y la deja caer al otro lado de la tapia, descendiendo por ella al jardin por un sitio que ocultaban las frondosas ramas de unos granados.

Aun no hacia cinco minutos que el embozado se habia introducido en el jardin de Sandoval, cuando otro embozado, usando casi las mismas precauciones vino á esconderse en el dintel de una puerta, enfrente de la que daba entrada al jardin.

No paró aqui la cosa. Una hora trascurrido habia, tres embozados mas entraban en la calle por la parte opuesta que los dos primeros. El que iba delante abrió la puerta del jardin sin hacer ningun ruido y la volvió á cerrar cuando entraron los dos que le seguian.

El que esperaba emboscado enfrente, avanzando lentamente hasta cerca del que guardaba la puerta:

—Rolando, dijo, á media voz.

—No me llamo así, pero si tienes curiosidad de saber cuál es mi nombre, puedes satisfacerla cuando quieras si me pagas bien la revelacion.

—¡Miserable! exclamó el primero.

—Hea, menos gritar seor curioso ó os alojo dos confites de plomo en el estómago.

Y efectivamente se oyeron los chasquidos de dos pistoletas al montarse.

—¡Sabes que puede costarte cara tu insolencia!

—Cumpló con mi deber.

—¡Y te manda! este bellaco que faltes así á un caballero.

—Yo no sé quien sois ni me importa, pero á fuer de soldado viejo cumpló mi consigna al pié de la letra. Conque dejadme en paz y seguid vuestro camino que yo no soy Rolando ni conozco á ese sugeto.

El embozado se persuadió que nada podria sacar de aquel vigilante, y se retiró otra vez con paso lento.

—No ha venido Rolando esta noche, ¿qué habrá ocurrido? Veo que será preciso que lo entregue á Orozco, decia alejándose.

Mientras en la calle ocurrían estas escenas, el jardin era teatro de otra muy distinta.

Los dos embozados que habian entrado en él, concedores al parecer del terreno, fue-

ron en derechura á una de las rejas de la planta baja del palacio, que se abrió apenas uno de ellos tocó las maderas suavemente con los nudillos de los dedos. El otro permaneció algunos pasos separado, y con el embozo subido hasta los ojos. La que asomó á la reja era una mujer.

El que habia escalado la tapia y que permanecia retirado en el fondo, apenas vió entrar aquellos dos hombres, corrió de puntillas buscando la sombra, á situarse á corta distancia de ellos, en un cenador cubierto de frondosa yedra. Á pesar de eso, no podia oír mas que alguna que otra palabra de los de la reja.

—Sí, ella le ama, decia la mujer, y al fin y al cabo consentirá en recibirle.

El del cenador oyó perfectamente aquellas palabras, lo mismo que el que recataba su rostro.

—¿Y cuándo será eso? preguntaba el otro.

—Cuando la veais lucir en cualquier festéjo público la piocha de diamantes; así al menos es la peticion del galan cuando le hizo tan rico presente.

—Es cierto.

La conversacion duró aun algunos minutos mas, pero en voz tan baja, que ya no pudo oírse nada.

Al fin el embozado sacó un bolsillo, y se lo dió á la mujer por entre los hierros de la reja.

—No te quejarás, dijo.

—De ninguna manera.

—Ya sabes, el dia que se logre, los dos mil ducados.

—Por mí no se retarda.

Y se separaron.

La reja se cerró, y el que habia hablado por ella fué á reunirse con el otro.

—Ya habeis oido, señor, le dijo, el enemigo trata de entregarse á discrecion.

—Mucho tarda aun la hora. Te aseguro que nunca he sentido mas impaciencia. Vea yo lucir pronto sobre su persona la piocha de diamantes, que me creeré el mortal mas afortunado de la tierra. Partamos.

Y se dirigieron á la puerta que abrieron enseguida para salir por ella.

El del cenador salió tambien al poco tiempo cuando el rumor de los pasos de los otros dejaron de oírse. La luna que en aquel momento alumbraba el jardin, dejó ver el pálido rostro del maqués.

—¡Blanca, Blanca! Tanto amor, tantos juramentos para venderme; para deshonorarte y deshonorarme. Y ¿quién es mi rival? El que debo respetar como á mi propio padre;

el que es inviolable para mí, y al que no puedo exigir reparacion con la espada en la mano. ¡Maldicion! Huyamos de este sitio de infamia, porque no podré contenerme, y voy á hacer mas pública su deshónra y la mia.

Y delirante, loco de desesperacion, se dirigió al mismo sitio por donde habia penetrado en el jardin, y por él volvió á saltar á la calle.

Cuando se encontró en ella, tomó á buen paso la direccion de la plazuela de Anton Martin. Al llegar á esta, por poco no se dá de pechos con otro embozado que estaba parado á la entrada de la calle de San Juan. El marqués hablaba solo en voz bastante alta para que sus palabras pudieran ser perfectamente oidas por el embozado. Al pasar por el lado de este iba diciendo:

—Sí, sí, yo me vengaré, y ¡ay de ella! ¡ay de él!

—Vive Dios, dijo el embozado, el marqués ha ido á espiar, y no me cabe duda que ha visto, y ha visto lo bastante para despertarse en él sentimientos de venganza. ¿Pero dónde estaria que no le he visto? ¡Qué bien decia el buen D. Francisco que no hay mejor vigilante que un celoso! El marqués medita algo grave, y debo impedir á todo trance que lo ponga en ejecucion. Y ese don Diego sin haber traído á Rolando esta noche. ¿Si este me habrá hecho traicion? Preciso es que deje á Orozco que se las componga con él, al fin y al cabo el hacer que queden impunes las fechorías de un bandido, no es proceder ni humanitario ni noble. Vamos á ver si Sebastian se ha dormido.

El embozado, que nuestras lectoras habrán comprendido desde luego que no era otro que Mendoza, silvó de una manera suave, aunque prolongada.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

¡MUSICA, MUSICA!

Vamos claros. ¿Con quién me las avengo? ¿Sois aficionados al arte filarmónico ó por el contrario os horripila cualquier sonido acorde ó no acorde?

¿Callais? Bien. Quiero suponer que os admira la magestuosa dulzura de Mozart, el sencillo y respetuoso coro de Palestrina, el alegre volteo de Strans, y que pertenecéis á la falange *dilletanti*, es decir, á los que no pierden una noche de ópera ó con-

cierto, frecuentan todas las *soirees* donde se canta, asisten á cuantas funciones religiosas se celebran, conocen las piezas musicales mas en voga y tararean muy satisfechos los aires de la última zarzuela. Ahora bien; yo que en otro tiempo participaba de vuestro entusiasmo y que por escuchar una nota á cualquier ente filarmónico cuyo apellido concluye en *ini*, hubiese andado diez leguas, me hallo en la actualidad tan disgustado de la música que de buena gana daría al diablo á todos los músicos y cantantes; estos últimos, sobre todo, cuando pertenecen á la clase doméstica.

¡Oh! ni la piedra de Sisifo, ni la mesa de Tantaló, ni el buytre de Prometeo, ni las penas del Purgatorio son comparables con el suplicio de la filarmonía casera.

Figuraos por un momento mi situacion.

Soy casado, lo cual indica que me hallo acompañado de una prójima, dos projimitos y una rústica criada. Gánome el pan nuestro de cada dia arreglando las cuentas de una tienda de paños y especias; doble ramo de industria cuyo manejo interior es harto difícil de entender. Las dichas cuentas, pues, son un compendio de la torre de Babel gracias á los inteligibles signos que los distraídos y pelirubios factores encajan sobre los libros de comercio. Suponed, pues, el cuidado que es necesario para no enzarzarme entre las descomunales y grotescas cifras de los señores mancebos. ¿Y creis que puedo tener la quietud y sosiego que naturalmente necesito para semejante operacion? No, y mil veces no, gracias á la monomanía musical que ha invadido y destruido la inviolabilidad del hogar doméstico.

Cuando mas apurado me hallo en cualquiera operacion aritmética, héteme ya distraído por la aguda voz de mi querida mitad que me desgarra el tímpano con el insoportable

«Adios Málaga la bella
tierra donde yo nací.....»

O bien con aquello de
«Es la California
mágico confin.....»

A lo que responden en coro los chiquillos y la criada.

¡Oh que buen país!
¡Oh que buen país!

Y aun esto son tortas y pan pintado en comparacion con los inacabables trinos y gorgeos de la criada cuando se despierta con ganas de entonar alguna cancioncilla de su pueblo; cancioncilla que como muchas de su clase abraza todos los sonos desagradables que se conocen desde el trompeteo del mosquito hasta el rebusno del asno.

Me direis que varie de doméstica y la elija del género culto; y bien. ¿Ganaré algo en este cambio de ministerio fregatril? Lo que ganamos con el de los políticos; antes me abrumaba la fámula rústica con su gerigonza insufrible y ahora la ciudadana destrozaría á Verdi, asesinando algun trozo de la *Traviata* ó me repetiría cien veces en tono lúgubre y quejumbroso el antiqüísimo

Sin mi Atala no puedo vivir...

Está visto, no he de tener un momento de paz; y lo peor es, que cuando mas alarmado y dando por motivo que he de ganar el sustento de mi familia suplico á mi compañera y compañeritos en este valle de lágrimas que supriman sus escalas y gorgoritos me responden burlesonamente

«Amarillo sí,
amarillo no;
amarillo y verde
lo quiero yo.

¡Ay! es un tormento increíble; aun de noche, cuando todos deben dormir y deseo entregarme á mi vicio favorito..... lo confesaré con rubor..... el de hacer versos ó verzas, espanta mi inspiracion ó la montóona voz de un mozo de mulas que junto con sus animales habita bajo mi éntresuelo y entona para dormirse el interminable *arroz*, ó el desapacible canto-gritodel sereno.

Por fin, si Dios me oyese alguna vez, solo le pediría una cosa: que infundiera en la revuelta cholla de algun alto personage cimbrío, fronterizo ó de cualquier color, la sublime idea de aplicar una buena contribucion á todos los cantantes caseros, á ver si de este modo lográbamos estinguir esta plaga de los oidos un poco civilizados.

En el interin aconsejo á ustedes que sino se hallan dispuestos á padecer, como yó, este nuevo martirio social, emigren al Sahara ó á las Pampas de América.

F. D.

EL ORCO.

(Continuacion.)

Se encontró á unos amigos que le preguntaron qué habia hecho en mas de un mes que no le veian, Franz les respondió ser muy dichoso! y siguió su camino.

Antes de ir á su casa compró una banda, y un par de charreteras magnificas: despues se dirigió á ella; llegada la hora de vestirse puso la mas minuciosa atencion en su atavio.

Llegó al palacio Servilio: el baile estaba

magnífico, todos los concurrentes, á escepcion de los oficiales de la guarnicion, ostentaban ricos disfraces, y multitud de trajes antiguos, raros y elegantes, se confundian á los acordes de una numerosa orquesta. El salon ofrecia á la vista el aspecto mas brillante, deslumbrador y animado que cabe concebir.

Franz recorrió los salones aproximándose á los grupos, fijando sus miradas en todas las mujeres que en su mayoria eran de admirable hermosura, mas en ninguna fijó mucho tiempo su atencion.

—¡No está ella aquí!... se dijo á sí mismo; ¡tal vez no sea aun su hora!... y dicho esto fué á colocarse detrás de una columna frente á la entrada principal, teniendo sus ojos fijos en la puerta.

Varias veces esta se abrió para dar paso á mujeres que ninguna hizo latir el corazon de Franz mas apresuradamente, mas al dar el reloj las once un frio nervioso le hizo estremecer diciendo en voz bastante alta para ser oida de cuantos á su alrededor se encontraban: ¡Ya está aquí!...

Los ojos de todos se tornaron hácia él como interrogándole por su exclamacion, pero las grandes hojas de la puerta, abriéndose bruscamente, atrajo la atencion de todos, dando paso á una mujer que Franz reconoció enseguida. Era el original de la jóven del cuadro, vestida con el trage que usaba la mujer del Dux en el siglo XII, trage cuya magnificencia hacia resaltar mas la espléndida belleza de aquella jóven.

Ella avanzó con paso lento y magestuoso, mirando con seguridad al rededor sin saludar á nadie, como si fuese la reina del baile.

Nadie, á escepcion de Franz, la conocia, pero todos subyugados por su hermosura se apartaban respetuosamente, inclinándose á su paso.

Un momento despues llegó al último salon, donde un elegante jóven que vestia á la usanza del Tasso, cantaba acompañándose con una guitarra un romance en honor de Venecia.

La desconocida se dirigió en derechura á él y mirándole fijamente le preguntó quién era para permitirse llevar aquel trage y cantar á Venecia.

El jóven, aterrado por la espresiva energia de aquella mirada, bajó su cabeza pálido y tembloroso, tendiéndole al propio tiempo la guitarra.

Ella la cogió, y pasando al azar sobre sus cuerdas sus dedos blancos como el alabastro, entonó á su turno con voz armoniosa y dulce este canto bizarro y á veces interrumpido:

—«Danzad, reid y cantad, alegres niñas de Venecia!... para vosotras el invierno no trae brumas ni la noche nieblas; la vida no trae cuidados.... Vos sois los bienaventurados del mundo, y Venecia la reina de las naciones...., Quién ha dicho que no?... Quién osa pensar que Venecia no es siempre Venecia?... Los ojos ven, los oídos oyen, las lenguas hablan.... teméis al consejo de los diez...., Sí, vosotros sois buenos ciudadanos, y los buenos ciudadanos danzan, rien y cantan.... mas no hablan.... ¡Danzad, reid y cantad, alegres niñas de Venecia!... Venecia, la sola ciudad que no ha sido creada por la mano, sino por la imaginación del hombre!... Aquí todo parece hecho para servir de morada pasajera á las almas de los justos, como escalera colocada por ellos entre la tierra y el cielo!... Muros en que habitais las hadas y animais todavía su fuego mágico.... columnas arquinas que temblais en la oscuridad... Agujas ligeras que os confundís con los mástiles de los navios flotantes!... Bóvedas que teneis ecos que parecen similar y contener mil voces para responder á cada voz que pasa!... Angeles y los diez mil santos que parecéis saltar sobre las cúpulas y agitar vuestras alas de mármol y bronce cuando la brisa se desliza sobre vuestras frentes húmedas!... Ciudad que no yaces como otras sobre un suelo profundo y fangoso, sino que flotas como una vandada de cisnes sobre las ondas.... Regocijaos, regocijaos!... Un destino nuevo se aparecerá para vosotros tan feliz y dichoso como el primero!... El águila negra flota encima del leon de San Marcos, y los pies tudescos valsan en el palacio de los Duxes. ¡Callad, armonia de la noche!... Apagaos ruidos insensatos del baile!... No te hagas mas oír, santo cántico de los pecadores. Cesa de murmurar, voz del Adriático!... Muere, lámpara de la Madona.... escóndete por siempre, reina argentina de la noche, y que no haya mas que venecianas en Venecia! Soñemos todos, en suma, y volvamos á nuestros hechos brillantes.... ¡Sí, sí, dancemos, cantemos, riamos!... Esta es la hora en que la sombra de Faliero descendi lentamente la escalera de los gigantes sentándose inmóvil sobre su último peldaño!... Dancemos, cantemos, riamos, porque á toda hora la voz del reloj nos dirá.... ¡las doce!... y en coro los muertos vendrán á gritar á nuestros oídos: ¡servitud, servitud, servitud.»

Acabadas estas palabras, la guitarra cayó de sus manos, produciendo un sonido fúnebre al chocar contra el mármol del pavimento. En el mismo instante el reloj dejó

oír las doce, las que escucharon todos los concurrentes con un silencio siniestro. Entonces el dueño de palacio, avanzó hácia la desconocida con aire mitad pavoroso, mitad irritado.—Señora, la dijo, con voz alterada, ¿quién me ha hecho el honor de presentaros en mi casa?—Yo, dijo Franz, y si alguno lo lleva á mal que hable.... La desconocida que no parecia haber fijado su atención cuando habló el dueño del palacio, levantó vivamente la cabeza al oír la voz del conde.—¡Dios mio! le dijo: ya te veo, ¡tú eres mi vida!... y volviéndose con entusiasmo hácia él con semblante en que irradiaba la alegría, quedó de repente como paralizada, marcándose en su frente una sombría nube. ¿Por qué habeis tomado vos ese disfráz? le dijo señalándole severamente su uniforme.—No es disfráz, murmuró Franz, y la voz espiró en sus lábios, pues la mirada terrible de la desconocida le habia como petrificado.

Ella, le observa en silencio algunos segundos, despues, dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus hermosos ojos. Franz quiso avanzar hácia ella, pero la desconocida no le dejó tiempo:—sígueme le dijo con voz sofocada; y separando con altanería á los concurrentes que la contemplaban asombrados, salió del salon seguida de Franz.

Cuando llegaron á la conclusion de la escalera saltó sobre su góndola, mandando al jóven que suba y se siente. Acabado de ejecutarlo fijó sus miradas alrededor de él y no apercibiendo ningun marinero en la góndola, la preguntó:—¿Quién nos vá á conducir?—Yo, respondió, asiendo los remos con mano airosa.—Antes que vos lo hagais dejarme á mi ese trabajo.—No, no, las manos de los Austriacos no conocen los remos de Venecia.... E imprimiendo una fuerte sacudida, lanzó como una flecha la embarcacion sobre las aguas del canal. En pocos instantes se encontraron lejos del palacio. Franz, que esperaba de la desconocida la esplicacion de su cólera, se sintió inquieto al verla guardar silencio. A dónde nos dirigimos preguntó despues de un momento de reflexion?—A donde el destino quiere, le contestó ella de un modo sombrío, y como si estas palabras hubieran reanimado su cólera dió á los remos con mas vigor todavía. La góndola obedeciendo al impulso de su mano parecia volar sobre las aguas, lo que hacia ver á Franz correr con alucinamiento, la espuma á los costados de la barca y de los navios que se encontraban á su paso, huyendo detrás como las nubes llevadas por el huracan.

Pronto las tinieblas los envuelven el viento se eleva no oyendo el Conde mas que el clamor de las olas, los silvidos del aire que

agitaban sus cabellos, y sin distinguir mas que la forma blanca de su compañera en medio de la sombra, de pié con los cabellos esparcidos por la espalda, y en desórden, sus largos vestidos blancos, abandonados á merced del viento. Mas que mujer parecia el espíritu de los naufragios, que jugaba sobre el mar enfurecido.—En dónde nos encontramos le preguntó Franz agitadoamente?—El capitán tiene miedo!.... Respondió la incognita con risa desdeñosa.

Franz comprendiendo que le dice verdad, y que efectivamente el miedo le embargaba, guardó silencio, dominándose para disimular al menos su terror. Un rato despues llevado de una especie de vértigo, se dirigió hácia la desconocida.—¡Sentaos! le gritó ella, y como Franz siguiese avanzando, pues el miedo le tenia furioso,—sentaos, repitió con voz terriblemente colérica, mas no viéndose obedecida, dió con sus pies un golpe con tal violencia que la barca tembló como si fuese á zozobrar.

Franz, fué envuelto en la sacudida y cayó al fondo de la góndola, desvanecido.

ELENA CERRADA.

(Se concluirá.)

EL GUSANO Y LA FLOR.

Un gusano se escondia entre la flor de un rosal que grato aroma esparcia, y despiadado roia su corola virginal.

Un dia, la jardinera quiso coger una rosa y atrajo su placentera mirada, la mas hermosa que la del insecto era.

Estiende su blanca mano, troncha la flor, y al momento la arroja con sentimiento porque vislumbró al gusano que le robó su ornamento.

Despues, con rostro sereno así dijo: «pobre flor! la envidia vertió en tu seno el mortífero veneno de un vil insecto traidor!»

FRANCISCO PEREZ.

LA PRIMERA PASION.

(Continuacion.)

VIII.

El pensamiento de que existiera alguna prueba que justificara lo dicho por D.^a Esperanza, atormentó durante toda la noche á María.

Apenas habia concluido de levantarse cuando se presentó de nuevo su madre.

—Aquí tienes los comprobantes, dijo, y le dió los papeles.

María apenas tenia fuerzas para leerlos, la vista se le estraviaba y su rostro parecia el de un difunto.

—¡Dios mio! dijo al terminar su lectura. ¡Que desgraciada soy!

—No desesperes hija mia, el porvenir aun te sonrie si no me desobedeces. Ama al marqués.

—Sí, madre, voy á vengarme.

Al mismo tiempo que el dolor traspasaba el corazon de María, los infames causantes se daban el parabien por tan feliz éxito, é iban á comenzar los preparativos para la boda, pues no querian demorarla mucho, temiendo algun fracaso.

María cayó enferma. Una ligera tos principió á hostigarla, tomando en pocos dias proporciones alarmantes. Estaba inapetente, y apenas algunos líquidos medicinales podian sostener su naturaleza decaida.

Los facultativos se asustaron al ver la celeridad con que marchaba aquella dolencia que en el primer instante calificaron de un sencillo resfriado, y luego sospecharon pudiera degenerar en una tisis. Indicaron la conveniencia de que marchase á tomar aguas puras y respirar los embalsamados ambientes de los montes, y el marqués aprovechó esta conyuntura para ofrecerles su palacio en su pais natal, y no cejó en su empeño hasta que admitieron su oferta.

Trasladados por fin al pueblo de Altea, pronto se conoció la mejoría de la paciente.

Todas las tardes salian á pasear por la verde campiña, llevando el marqués del brazo á María, y prodigándole profusion de alhagos, ora formando caprichosos ramos de espliego y tomillo, ó ya llenando su falda de sabrosas frutas de las posesiones del mismo.

Las muestras aparentes de simpatía que sin cesar recibiera María de su nuevo pretendiente, y las continuas tentativas de doña Esperanza, la hicieron consentir en su futuro enlace.

Convaleciente todavía de la enfermedad regresaron de su expedición para concertar la boda.

La cólera y la ira contra Arturo llenaban por completo el corazón de María; si alguna vez se acordaba de él, era para lanzarle mil anatemas, proceder inicuo de toda mujer, pues diz que es la criatura sensible por excelencia, ángeles descendidos de los cielos para aliviar las penas de los mortales. Indigno proceder también, para el que ha amado con delirio á otra persona, pues jamás los restos que quedaran de aquella pasión le permitirán apostrofar en mal hora á la que en otro tiempo adoró con frenesí.

Pero dejemos filosofías, y volvamos á la hilación de nuestro relato.

No tardó mucho en sacrificarse la víctima. Ocho días después, María era la marquesa de la Alzada.

Una ligera indisposición de la desposada impidió se celebraran desde luego los festejos con que quería solemnizarse tan fausto acontecimiento, y se aplazaron.

En este intermedio tuvo lugar el regreso de Arturo, que había conseguido una permuta para volver á ocupar su antiguo puesto, con el objeto de saber lo sucedido en el año que duró su ausencia.

Marchó inmediatamente á casa de María, en ocasión en que se encontraba sola, pues sus padres habían salido con el marqués.

El criado le recibió, conociendo á Arturo, le acompañó á la sala de labor de María, donde esta se entretenía bordando un precioso pañuelo.

Al oír pasos en el corredor dijo con acento cariñoso, creyendo tal vez fuera el marqués.

—Cuánto has tardado.

Al propio tiempo Arturo apareció en la puerta.

—¡María!

—¡Cielos! exclamó esta al verle.

—¿Me esperabas? dijo Arturo corriendo á su lado; pero ella hizo una demostración de desagrado.

—¿No te alegras volviéndome á ver después de tanto tiempo?

—Arturo, las circunstancias han variado, hoy no somos lo que fuimos ayer.

—¿Será cierto? ¿Acaso no me engañó mi corazón, cuando te creía culpable? ¡Ah! ¡Me olvidaste!

—¿Y tienes suficiente serenidad para decir eso? contestó María.

—Necesito una explicación pronta, dame-la por Dios, María.

—Pídesela á tu conducta.

—¡A mi conducta! Por ventura he sido yo el que ha faltado á las protestas de fidelidad

que ambos hicimos el día de mi marcha? ¿No te escribí varias veces en corto intervalo de tiempo, sin que te dignases contestarme?

—¿Tú? me engañas Arturo, harta ocupación tenías con escribir á otra mujer.

—María, tú sueñas, ó eres presa de algun delirio.

—No tal, vas á verlo por tus propios ojos.

Y acercándose á un reclinatorio, sacó de un secreto aquellas dos cartas de que ya tienen conocimiento nuestras lectoras, y se las entregó á Arturo.

—Toma y lee, le dijo.

Arturo estaba asombrado.

—Esto es una vil calumnia, exclamó de pronto después de haberlas leído y arrojándolas al suelo, yo no conozco á tal mujer, ni esta es mi firma y letra.

—¿Lo niegas? ya me lo presumia.

—¿Pero quién ha sido el impostor que esos papeles te ha dado? Quiero conocerle para arrancarle el corazón.

—Nada te importa por qué conducto la he recibido, solo he sabido después que la infeliz á quien engañaste, sin duda fué la que los trajo á esta casa para que me los entregasen.

—Eso es falso. ¿Pero tú, María, no crearás tal infamia? Oyeme por piedad.

—Es tarde, estoy casada.

—¿Casada tú?

—Sí, con el marqués de la Alzada.

—¡Ingrata! ¿Por qué alimentaste con falsos albagos el fuego de mi primera pasión, si no sentía tu pecho lo que decía tu torpe lengua? ¡Ah! tú no me has amado nunca, no sabes lo que es amar de corazón. Si tal no fuera, ¿cómo hubieses dado crédito á esas falsificaciones, sin haberte cerciorado por tí misma de la verdad, y consentido hubieras ser esposa de ese viejo ambicioso? De ningún modo. Los sentimientos del corazón son más robustos que los móviles de la inteligencia; pero á tí no te domina lo primero, y si la fuerza del capricho ó del orgullo, por eso aceptaste con agrado al marqués. Embotaron tus sentidos el fausto y la opulencia, los títulos con que hoy te adornas, y que tal vez sean los gusanos inmundos que roan mañana tu conciencia. La herida que has abierto en mi alma no se cicatrizará jamás. Algun día quizá podré recordarte lo que hoy te digo.

—Basta ya, Arturo. No pretendas disculparte más, inútil será. Al obrar como lo hice estoy segura de no haber hecho más que corresponder á tu comportamiento. Terminemos, pues, esta escena que me va enojando.

Y se internó en uno de los salones inme-

diatos, dejando solo á Arturo, el que salió precipitadamente á la calle.

ANTONIO CIRUJEDA RUIZ.

(Se continuará.)

299

UN DISCURSO NOTABLE.

El día 1.º del corriente mes, un numeroso concurso llenaba la hermosa capilla de Nuestra Señora de los Desamparados. Ocupaba la cátedra del Espíritu Santo el jóven é ilustrado presbítero D. Joaquín Cerdan, quien en un hermoso discurso desarrolló admirablemente un asunto conmovedor cual era la despedida á la Virgen en los solemnes cultos que anualmente se le tributan con el poético nombre de flores de Mayo.

Mucho espacio necesitaríamos si teníamos que analizar el discurso del Sr. Cerdan cual se merece, pues en él reveló los profundos conocimientos del teólogo, la sublimidad é irrefutable argumentación del filósofo cristiano, la erudición del concienzudo historiador, la inspiración del poeta y el esquisito gusto del artista, haciendo converger todas las manifestaciones del espíritu humano á un punto de incomparable alteza, á la mayor honra y gloria de Dios, y como anexo á ello, al amor y devoción á María. El jóven orador hasta hoy casi desconocido, rayó á una altura tal como la que ha dado europea fama á los Lacordaire, Raulica, Félix, Dupanloup y otras eminencias del púlpito católico. Sin separarse de los sagrados textos, punto de partida de su oración, discurrió sobre la Historia, las bellas artes, la poesía, la filosofía escéptica que ataca al catolicismo y sus dogmas, refutando de una manera concluyente sus perniciosos errores. En suma, el discurso del Sr. Cerdan, que por casualidad tuvimos el gusto de oír, merece se consigne un aplauso al sacerdote que tan bien sabe interpretar la delicada misión de difundir las saludables y consoladoras doctrinas Evangélicas, en un tiempo que son innumerables los escollos con que se tropiezan, que desvirtuando los efectos acarrear á veces disgustos, ocasionados por el encono con que hoy se mira todo lo que representa el principio civilizador del catolicismo.

X.

MOVIMIENTO LITERARIO.

Nuestro-distinguido colaborador el señor D. Gaspar Bono Serrano, acaba de dar á la estampa una nueva producción, que como todas las suyas, es notable por mas de un concepto. Titúlase «La Virgen de la Academia», y es una leyenda religiosa en verso, que el autor dedica á la buena memoria de Juan de Lanuza. La última obra del señor Serrano, de la que daremos alguna muestra á nuestros lectores en un número próximo, patentiza la exactitud del juicio que del poeta ha formado el ilustrado crítico Mr. de Latour, que á pesar de haber nacido allende los Pirineos, ha estudiado perfectamente nuestra literatura y nuestras costumbres. Solo nos resta enviar la mas sincera felicitación al Sr. Serrano, alentándole para que prosiga enriqueciendo las letras con tan buenas producciones.

Los periódicos de Sevilla anuncian la próxima publicación de un tomo de poesías debidas á la pluma de D. José Sanchez Arjona.

Cuando lo recibamos tendremos muchísimo gusto en darlas á conocer á nuestros lectores.

Hemos oído hacer grandes elogios de un libro que ha publicado nuestro asiduo colaborador y estimado amigo el doctor Lopez de la Vega. Lleva por título «La mujer en las edades antiguas y modernas, higiénica y moralmente considerada», y parece ser el resultado de las conferencias dadas por el autor el año 1869 en la Academia Médico-quirúrgica Matritense.

Aunque todavía no conocemos la obra, ofrecemos á nuestras ilustradas suscriptoras ocuparnos de ella cuando la veamos para darlas á conocer lo mucho bueno que no dudamos contendrá, dada la competencia del autor.

F.